

América Latina y la "Conexión Europea"
del Caribe no-hispánico

1. *Percepciones divergentes*

La historia de las relaciones entre los estados latinoamericanos y los estados independientes del Caribe no-hispánico es una historia signada por los malentendidos, la ignorancia mutua y los prejuicios legados por las pugnas intercoloniales que moldearon a la Cuenca del Caribe desde el siglo XVI. De hecho, los conflictos y las impresas coloniales de cuatro estados europeos -España, Holanda, Gran Bretaña y Francia- contribuyeron a forjar el complejo mosaico cultural y político que en la actualidad distingue a la región.

Junto con la configuración de estructuras económicas y políticas coloniales características, estos cuatro países europeos contribuyeron a establecer sistemas de estratificación socio-racial distintivos, tradiciones lingüísticas y culturales contrastantes y culturas políticas diferenciadas.

Los procesos de independencia política de los estados latinoamericanos iniciados a principios del siglo XIX, con sus enfrentamientos con España y sus secuelas de conflictos internos, antecedieron en más de un siglo a la descolonización gradual de los territorios británicos y holandeses del Caribe. Sin embargo, este desfase cronológico y la progresiva consolidación en la región de un nuevo actor extrarregional -los Estados Unidos-, especialmente a partir de finales del siglo XIX, no fue obstáculo para la profundización de las diferencias existentes. Por el contrario, el contraste entre los sistemas políticos emergentes en la fase postcolonial, entre los rasgos asumidos por los vínculos económicos y políticos persistentes con Europa, entre las modalidades características y cambiantes de las relaciones con Estados Unidos, coadyuvaron a reforzar el abismo existente entre las diferentes áreas de influencia colonial europea en el Caribe y en particular, entre el Caribe anglófono y el Caribe insular y continental hispano.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el frustrado intento de creación de la Federación de las Indias Occidentales, entre 1958

y 1962, y la consecuente independencia de los estados caribeños emergidos de la tutela colonial británica, marcó una nueva distancia entre estos estados y las naciones latinoamericanas, esta vez a nivel del sistema hemisférico y del sistema internacional. Distancia ahondada por el legado de disputas territoriales que enfrentó a Venezuela con Guyana y Trinidad, y a Belice con México y Guatemala.

En este marco, la incorporación de un conjunto de nuevos estados caribeños como actores plenos del sistema internacional, claramente diferenciados en su lengua y cultura política, en sus percepciones raciales y en su visión de las relaciones hemisféricas e internacionales, generó, en la década del sesenta, una oleada de reacciones por parte de los estados latinoamericanos.

El esquema de relaciones hemisféricas establecido entre Estados Unidos, como el poderoso referente del norte, y las naciones de América Latina, con la Doctrina Monroe y el panamericanismo mediante, se vio perturbado en su dinámica por la irrupción de nuevos actores que alteraron la conflictiva, pero no por ello menos asentada, relación entre el norte y el amplio sur del hemisferio.

Si bien América Latina reaccionó inicialmente apoyando en forma activa las iniciativas de descolonización promovidas en la Organización de Naciones Unidas, a la hora de incorporar a los emergentes estados caribeños al seno de las organizaciones regionales, la actitud predominante fue de recelo y hostilidad.

La experiencia de incorporación de Trinidad y Tobago y de Jamaica a la Organización de Estados Americanos (OEA), en el transcurso de la década del sesenta, constituye una patente ilustración de esta situación.¹

La hostilidad latinoamericana a la incorporación de Trinidad y de Jamaica a la OEA se basó fundamentalmente en que, en tanto estos estados seguían vinculados a través de sus sistemas políticos parlamentarios a la monarquía británica y en función de su pertenencia a la Comunidad Británica de Naciones, la Commonwealth, su incorporación a la OEA implicaría abrir la puerta para incrementar la influencia británica en el sistema hemisférico. Este argumento se articuló a una serie de interro-

¹Como así también la exclusión de Guyana del organismo hemisférico en función del Art. 8o. de la Carta de la OEA, por la cual los estados que mantuviesen disputas limítrofes con algún miembro no podían ser incorporados al organismo.

gantes acerca de la viabilidad de estos estados y del poder que, en términos de votos individuales, podrían adquirir en los foros internacionales. Asimismo, este argumento venía asociado en la práctica con una particular sensibilidad frente a la actitud que los estados caribeños anglófonos asumirían en relación con Cuba, proscrita del organismo a raíz de las sanciones impuestas en 1964.

Pese a la incorporación final de Trinidad y de Jamaica a la OEA, luego de extensas demoras burocráticas, y el ulterior ingreso de otros estados caribeños anglófonos, algunas de éstas preocupaciones latinoamericanas se vieron confirmadas posteriormente en los hechos.

En 1972, Trinidad, Jamaica, Barbados y Guyana establecieron relaciones diplomáticas con el gobierno revolucionario cubano, cuando aún persistía la atmósfera hemisférica que había llevado a la exclusión de Cuba.

Para América Latina, por otra parte, el alineamiento de los estados del Caribe anglófono con Gran Bretaña durante el conflicto del Atlántico Sur, en 1982, particularmente manifiesto en la ONU y la OEA, constituyó una tardía confirmación de los vínculos persistentes entre las nuevas naciones caribeñas y la antigua metrópoli colonial.

Independientemente de las razones que llevaron a los estados caribeños a ingresar a la OEA,² las tensiones y suspicacias que marcaron su proceso de incorporación estaban manifiestamente signadas por la persistencia de sus vínculos extrahemisféricos, además de las diferencias económicas, políticas y culturales en América Latina.

Las diferencias entre los estados del Caribe anglófono y América Latina fueron ampliamente recreadas, luego de la década del sesenta, no sólo en el funcionamiento de un bloque caribeño en la OEA, sino también en la ONU y en el Movimiento de Países No-Alineados (NOAL), facilitadas, desde la perspectiva latinoamericana, por los vínculos establecidos con otros países del Tercer Mundo a través de la Commonwealth. Pese a su reducido tamaño y a la limitación de sus recursos económicos y humanos, los estados caribeños anglófonos desarrollaron, desde su independencia, una activa participación en

²Entre las cuales se destaca el hecho de que este ingreso posibilita el acceso a la asistencia del Banco Interamericano de Desarrollo.

los foros internacionales donde, con frecuencia, han competido en influencia con los estados latinoamericanos.

La constitución de la Comunidad del Caribe (Caricom), en 1973, una de cuyas funciones apunta a la coordinación de políticas exteriores de los estados miembros, contribuyó en forma sustancial a reforzar la percepción en América Latina de la actuación internacional de los estados caribeños anglófonos en términos de bloque, frecuentemente en contraste con la falta de concertación latinoamericana.³

En 1975 se produjeron, no obstante, dos intentos importantes de superación de las diferencias entre el Caribe anglófono y América Latina al constituir la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el Comité de Desarrollo y de Cooperación del Caribe (CDCC) en Puerto España, y al crearse el Sistema Económico Latinoamericano (SELA). La puesta en marcha del CDCC expresó, sin embargo, la preocupación de los estados miembros de la Caricom por su postergación en las decisiones de la CEPAL.

El SELA, por otra parte, promovido conjuntamente por Guyana, Jamaica, México, Panamá y Venezuela, configuró un nuevo ámbito de acercamiento entre ambos grupos de estados, en un enfoque regional que incluyó a Cuba y excluyó a Estados Unidos. A pesar del nuevo organismo, emergido en el contexto de una atmósfera marcadamente "tercermundista" en la región, no pudo soslayar tampoco algunas de las tensiones existentes.⁴

Sin embargo, persiste el esfuerzo de coordinación y concertación en el seno del organismo. Así lo revela la designación del secretario adjunto del SELA, quien proviene de Trinidad y la participación de los estados caribeños miembros en las iniciativas para una discusión concertada de la deuda externa

³Por otra parte, el mismo hecho de configurar un esquema de cooperación regional desvinculado de otros esquemas latinoamericanos, reforzó la percepción latinoamericana de la actuación aislada del Caribe anglófono en relación con América Latina.

⁴Como hemos analizado en otro lugar, la participación de Barbados, Granada, Guyana, Jamaica y Trinidad en el SELA, y la incorporación de Surinam, no ha obviado el distanciamiento existente entre el Caribe no-hispánico y América Latina. Cfr. al respecto Serbin, A., Expectativas divergentes: las relaciones internacionales en la Cuenca del Caribe, (Clacso, Puerto Rico).

de América Latina y el Caribe que se ha propuesto en la reunión de septiembre del Consejo del SELA.⁵

La creación del SELA, con su énfasis en la cooperación Sur-Sur y de otros organismos regionales como la Naviera Multinacional del Caribe (Namucar) y el Grupo de Países Latinoamericanos y del Caribe Exportadores de Azúcar (Geplacsa), marcó por otra parte, el punto más álgido de un creciente proceso de involucramiento de los estados latinoamericanos de la Cuenca del Caribe con la región, puesto de manifiesto en la década del setenta en el marco de la emergencia de las llamadas potencias regionales -Cuba, Colombia, México y Venezuela-, del creciente involucramiento regional del Brasil y, posteriormente, de Argentina.

2. *Las "políticas caribeñas" de los estados latinoamericanos*

El auge de las "políticas caribeñas" de los países latinoamericanos nos está estrechamente asociado con una serie de cambios significativos en la situación regional y hemisférica en la década del setenta.

En primer Lugar, la Cuenca del Caribe comenzó a adquirir una importancia creciente en las prioridades de la política norteamericana hacia América Latina, en el marco de una aproximación de la Administración Carter basada en el multilateralismo, la cooperación y el énfasis en la acción diplomática.⁶

Cabe agregar la creciente autonomía en política exterior que, en este contexto, comienzan a desarrollar estados latinoamericanos como Brasil, México y Venezuela. En el caso de estos dos últimos, la favorable coyuntura energética mundial posibilitó una más activa presencia de éstos en la región a mediados de la década del setenta, articulada al despliegue de posiciones "tercermundistas", en apoyo al establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y a las relaciones de cooperación Sur-Sur.

Independientemente de los objetivos divergentes que pudieran existir entre las potencias latinoamericanas involucradas en

⁵El Nacional, Caracas, 23 de septiembre de 1988.

⁶Cfr. Maingot, A., "American Foreign Policy in the Caribbean: Continuities, Changes and Contingencies", International Journal, 1985, XL.

la región caribeña, se produjo una coincidencia básica en términos de su conceptualización de la Cuenca del Caribe como un área que abarca tanto los estados insulares como los estados continentales y en función de la convergencia de intereses de los países en vías de desarrollo vis a vis los países industrializados.⁷ Estas coincidencias se produjeron, con los matices del caso, con algunos de los gobiernos del Caribe anglófono, en particular el de Manley en Jamaica, el de Burnham en Guyana y el de Bishop en Grenada.⁸

No obstante esta coincidencia general en la conceptualización de la región, fuertemente imbuida de la atmósfera "tercermundista" de la época, es necesario caracterizar, así sea sucintamente, las diferencias en términos de prioridades y de objetivos de cada uno de los estados latinoamericanos involucrados en el diseño y en la eventual implementación de políticas caribeñas, como así también los rasgos distintivos de estas políticas.

Cuba

Este país comenzó a desarrollar una política específica hacia el Caribe no-hispánico a mediados de la década del setenta. Anteriormente el énfasis en el apoyo a los movimientos guerrilleros en el área continental, como una de las dimensiones del internacionalismo proclamado como objetivo de la política exterior cubana, se articuló con una orientación marcadamente latinoamericanista en sus posiciones en el hemisferio. Con el fracaso de las experiencias foquistas en el continente, esta orientación fue reformulada en el sentido de un creciente

⁷Cfr. Martner, Gonzalo, "La Cuenca del Caribe: futuro centro de desarrollo latinoamericano", Nueva Sociedad, 1976, No. 24; Boersner, Demetrio, "Una estrategia tercermundista para el Caribe", Nueva Sociedad, 1978, No. 77; Dembisz, A., "Definición geográfica de la Cuenca del Caribe", en: Premisas geográficas de la integración socioeconómica del Caribe, (La Habana: Ed. Científica-Técnica, 1979).

⁸Hemos analizado en más detalle este punto en Percepciones y relaciones entre América Latina y el Caribe de habla inglesa: la dimensión etnohistórica, en prensa, en Ediciones de la Academia de Histórica, Caracas, 1989.

globalismo, en cuyo marco se produce el activo involucramiento cubano en Angola y Etiopía.⁹

Asimismo, en esta perspectiva, Cuba activó su participación en el Movimiento de Países No-Alineados y reforzó su presencia a nivel regional, en especial en sus relaciones con los estados independientes del Caribe de habla inglesa.¹⁰

Un elemento significativo de este proceso de acercamiento al Caribe no-hispánico estuvo representado por el énfasis en la identidad caribeña común de Cuba con los estados insulares anglófonos, especialmente a raíz de la declaración de Fidel Castro, en 1975, de que Cuba era un estado *Afro-latino*,¹¹ aunada a una activa política de cooperación e intercambio cultural iniciada en 1972, en Guyana, con la participación en la Feria del Caribe (Carifesta).¹²

Es evidente que estos pasos apuntan a ciertos objetivos específicos de la política exterior cubana en la década del setenta.

En primer lugar, posibilitan a La Habana la salida de una situación de aislamiento regional y hemisférico impuesto por la política norteamericana y las sanciones de la OEA, a través de un proceso de identificación regional que contrabanlaceaba las

⁹Cfr. Erisman, Michael H., Cuba's International Relations. The Anatomy of a Nationalistic foreign Policy, (Westview, Boulder, 1985), y Pastor, Robert, "Cuba and the Soviet Union: Does Cuba act Alone?", en: B. Levine (ed.), The New Cuban Presence in the Caribbean, (Westview, Boulder, 1983).

¹⁰Este proceso se inicia con el viaje de Fidel Castro a Georgetown en septiembre de 1973, poco después del establecimiento de relaciones diplomáticas con Guyana, Barbados, Trinidad y Jamaica, donde se reúnen con los primeros ministros de estos países, en el marco de la reunión del Movimiento de los No Alineados. Posteriormente, los contactos entre Cuba y los estados del Caribe anglófono se intensifican, con las visitas de Eric Williams y de Forbes Burnham a La Habana; el estrechamiento de relaciones y la activación de diversos acuerdos de cooperación con el gobierno de Manley en Jamaica que culmina con la visita de Fidel Castro a Kingston en 1977, y, a partir de 1979, con el acercamiento con el gobierno revolucionario de Bishop en Grenada.

¹¹Greene, E., "The Ideological and Ideosyncratic Aspects of US-Caribbean Relations", en: H.M. Erisman, The Caribbean Challenge. US Policy in a Volatile Region, (Westview, Boulder, 1984).

¹²Maingot, A., "Cuba and the Commonwealth Caribbean: Playing the Cuban Card", en: B. Levine (ed.), op.cit.

presiones de EEUU y posibilitaba el desarrollo de un eventual respaldo de los estados caribeños en los foros internacionales.

En segundo lugar, permitía a Cuba trazar sus propios objetivos a nivel de la política regional, no siempre convergente con los de la URSS, sin diluir su apoyo a los movimientos y partidos revolucionarios y manteniendo, como un rasgo distintivo de su política exterior la dimensión de solidaridad internacionalista.¹³

Básicamente, el desarrollo de esta "política caribeña" de Cuba a lo largo de la década del setenta, se estructuró en torno a la cooperación técnica y a los intercambios culturales y, en una medida significativamente menor, en intercambios comerciales. Esta política contribuyó no sólo a acrecentar la influencia regional de Cuba, especialmente en el marco de sus relaciones con Jamaica, Grenada y Surinam y, en menor escala, con Guyana, sino que también amplió la influencia del Partido Comunista de Cuba sobre los partidos y movimientos radicales del Caribe anglófono que hasta ese momento habían seguido un proceso de desarrollo de características propias.¹⁴

Sin embargo, la victoria electoral de Seaga, en Jamaica, en 1980, y la reactivación de una política específica hacia la región bajo el gobierno del presidente Reagan, con su énfasis ideológico en la contención de la influencia cubano-soviética en la Cuenca y en la temática de la seguridad, dieron inicio a un proceso de reversión de la presencia cubana en el Caribe no-hispánico.

Las percepciones favorables hacia el proceso revolucionario cubano y sus logros sociales por parte de los gobiernos de la región en la década del setenta, fueron progresivamente sustituidas por una creciente preocupación frente a la amenaza

¹³Es de notar que mientras esta política favoreció los objetivos cubanos de romper con su aislamiento regional, a su vez se articuló con los objetivos y prioridades de los estados caribeños en función de su interés de fortalecer el proceso de integración regional, de diversificar sus relaciones internacionales y, eventualmente, de contribuir a la neutralización de sus propios partidos y grupos de izquierda. Simultáneamente, el acercamiento a los gobiernos progresistas y nacionalistas del área no sólo reforzó la situación regional de Cuba, sino que asimismo contribuyó a un debilitamiento de la influencia norteamericana en el Caribe, en convergencia con los objetivos globales soviéticos.

¹⁴Serbin, A., Etnicidad, clase y nación en la cultura política del Caribe de habla inglesa, (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1987).

militar cubana a partir de la expansión de sus vínculos con los gobiernos revolucionarios de Grenada y de Surinam.¹⁵ Finalmente, la crisis grenadina y la intervención militar norteamericana en octubre de 1983 cerraron con un broche dramático el desarrollo de esta fase de la "política caribeña" de Cuba, en el marco de las reorientaciones de las políticas exteriores de Surinam y de Guyana.¹⁶

Junto con las divergencias desatadas en el seno de la izquierda caribeña,¹⁷ desde 1983 y pese a los intentos de reactivar los vínculos cubanos con el Caribe no-hispánico, la posición cubana en la región se ha visto significativamente debilitada.¹⁸

México

En el transcurso de la década del setenta, México comenzó a desarrollar, en el marco de una proyección "tercermundista" impulsada por el Presidente Echeverría, una política específica hacia el Caribe, en ocasiones coordinada con Venezuela. Un analista, al caracterizar esta política como "reactiva o protectora", señaló que su restringido despliegue obedeció más bien a una identificación limitada de sus intereses en la región, fundamentalmente condicionados por sus dificultosos vínculos con Estados Unidos y su política hacia Cuba.¹⁹

Sin embargo, el "boom" de los precios del petróleo a mediados de la década del setenta contribuyó a reforzar esta dimen-

¹⁵Maingot, A., *op. cit.*, 1983.

¹⁶Cfr. Ely, Roland, "Guyana y Surinam frente al Coloso del Sur", en: A. Serbin (ed.), Venezuela y las relaciones internacionales en la Cuenca del Caribe, (AVECA-ILDIS, Caracas, 1987).

¹⁷Serbin, A. *op. cit.*, 1987.

¹⁸Las relaciones con Trinidad y, luego de la victoria electoral de Barrow, con Barbados, son tenues, mientras que en los casos de Jamaica y Surinam y, en menor medida, Guyana, se han revertido totalmente. En este contexto, el único referente activo de la política exterior cubana en la región que persiste en el marco de un activo intercambio comercial, es, en el Caribe insular, la Rca. Dominicana.

¹⁹Lewis, Vaughn, "Commonwealth Caribbean Relation with Hemispheric Middle Powers", en: A. Payne and P. Sutton (eds.), Dependency under Challenge. The Political Economy of the Commonwealth Caribbean, (Manchester University Press, Manchester, 1983).

sión "caribeña" de la política exterior mexicana en el marco de una promoción general del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), en una perspectiva multilateral que dio impulso no sólo a la creación del SELA y a la participación de México en el Banco del Desarrollo del Caribe, sino que también contribuyó al resurgimiento de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) y a la promoción de organizaciones regionales como Namucar y Geplacea.²⁰

En este contexto, la política "caribeña" de México en la década del setenta se centró en un mayor énfasis en la situación centroamericana, en las relaciones con Cuba y con el Caribe Occidental, como un elemento importante en la extensión y diversificación de las relaciones internacionales impulsadas por el Presidente Echeverría y en función de alianzas y apoyos en la comunidad latinoamericana y caribeña, en el marco de la hostilidad de los regímenes militares del Cono Sur.²¹

De hecho, y en función de los cambios acaecidos a nivel regional y hemisférico en la década del ochenta, el impulso inicial alcanzado por esta política "caribeña" se desvaneció gradualmente con los gobiernos posteriores y con el agravamiento de la crisis económica del país, de manera que algunos de sus programas iniciales de asistencia o de cooperación fueron progresivamente cancelados.

Sin embargo, a partir de 1980, en conjunto con Venezuela, México estableció un esquema de asistencia petrolera a la Cuenca del Caribe a través del Acuerdo de San José, sobre la base de una contribución anual de 300 millones de dólares en productos petrolíferos, junto con una serie de medidas que eximían o reducían sustancialmente los impuestos aduaneros a una serie de importaciones de los países caribeños. En el Caribe insular este esquema, renovado hasta el presente con algunas modificaciones, ha beneficiado, en primer lugar, a

²⁰Canto, María Amparo, "Política exterior de México para la región de Centroamérica y el Caribe", en: J. Tokatlian y J. Schubert (eds.), Las relaciones internacionales en la Cuenca del Caribe y la política exterior de Colombia, (FESCOL-Cámara de Comercio de Bogotá, Bogotá, 1982).

²¹Maira, Luis: Caribbean State Systems and Middle-Status Powers: the cases of Mexico, Venezuela and Cuba, en: Paget Henry and Carl Stone (eds.), The Newer Caribbean. Decolonization, Democracy and Development, (ISHI, Philadelphia, 1983).

Barbados, Jamaica y República Dominicana, para extenderse posteriormente a Belice.²²

Por otra parte, México desarrolló una serie de iniciativas a nivel multilateral y bilateral con el Caribe, principalmente vinculadas a acuerdos comerciales. En este sentido, en julio de 1974 se procedió a establecer una comisión intergubernamental conjunta con los países de la Caricom, que inició sus actividades en octubre de 1980 con la participación del Instituto de Asuntos Internacionales (CEMAI). Asimismo, en ese período se establecieron acuerdos comerciales con Bahamas, Jamaica, Guyana y Trinidad.²³

Sin embargo, este proceso, iniciado y desarrollado en la década del setenta, se ha visto revertido en los últimos años en tanto el interés mexicano en la Cuenca del Caribe ha sido desplazado por una creciente priorización de su política exterior hacia la Cuenca del Pacífico.²⁴

Colombia

Tradicionalmente, la llamada "Costa Atlántica" de este país y las relaciones con el área caribeña han recibido poca atención en el marco de las prioridades de la política exterior colombiana. Mientras tanto, desde la década del 20, sus objetivos en la región se han identificado con los de Estados Unidos. Este bajo perfil se articuló a un énfasis en los vínculos comerciales, con especial preocupación por las exportaciones de café.

Sin embargo, en la década del setenta se produce una incentivación de las relaciones comerciales con la región. Esto se refleja en el nombramiento de un embajador itinerante para el Caribe, el envío de misiones comerciales y el ingreso de Colombia, en 1974, al Banco del Desarrollo del Caribe.

²²Para una cronología detallada del Pacto de San José, cfr. Cabello, Elena, "Siete años del Acuerdo de San José", Comercio Exterior, 1987, vol. 37, No. 10; y Rondón, Pavel, "El Acuerdo de San José y otras implicaciones petroleras en el Caribe", en: José Moreno Colmenares (ed.), El Caribe, objeto de investigación, (Fondo Editorial Acta Científica Venezolana-CDCH, Caracas, 1988).

²³CEPAL, "Caribbean/Latin American Cooperation", doc. int., septiembre 1983

²⁴del Alizal, Laura, "Las relaciones de México con el Caribe", ponencia a la reunión del Grupo de Trabajo sobre relaciones internacionales en la Cuenca del Caribe, Clacso, San Juan de Puerto Rico, 26 al 28 de enero de 1988.

A partir de 1980, esta política caribeña orientada a la apertura de nuevos mercados y al incremento de relaciones comerciales, se articula a objetivos políticos.²⁵ Estos se relacionaron tanto con las coincidencias con Estados Unidos, en el sentido de asegurar la estabilidad regional, como eminentemente propios en función de fortalecer la situación de Colombia en las disputas fronterizas con Venezuela y Nicaragua. En este último aspecto, Colombia buscó, bajo la presidencia de Turbay Ayala, incrementar sus vínculos con los estados del Caribe anglófono.²⁶

Pese a que bajo la presidencia de Belisario Betancur, estos objetivos políticos se modificaron en función de su énfasis tercermundista y de la priorización de objetivos propios en la política exterior, expresados entre otros en una diplomacia multilateral y en la activa participación en el Grupo de Contadora, persistió una dimensión "caribeña" y eminentemente política en la diplomacia colombiana de este período presidencial. Sin embargo, a diferencia del gobierno de Julio César Turbay, progresivamente el énfasis en la Cuenca se orientó hacia Centroamérica en función de los efectos regionales de la crisis centroamericana.²⁷

Desde finales de la década del setenta, la política de cooperación económica tuvo en cuenta como socios relevantes a las Antillas Holandesas, ampliándose gradualmente a los estados del Caribe Oriental, Barbados y Jamaica y, en el marco del Tratado Amazónico, a un extenso acuerdo firmado con Guyana en 1981. Sin embargo, las relaciones comerciales más importantes se mantuvieron principalmente con República Dominicana y Puerto Rico, mientras que el grueso de los programas de cooperación colombianos puestos en marcha a principios de la década del ochenta estuvieron relacionados con acuerdos de cooperación científica, técnica y educativa.²⁸

²⁵Drekonja, Gerhard, Retos de la política exterior colombiana, (Ceteec, Bogotá, 1983), pp. 143-145.

²⁶Ibid., p. 146.

²⁷Rothlisberger, Dora, "Relaciones de Colombia con el Caribe Insular: una aproximación", ponencia a la reunión del Grupo de Trabajo sobre relaciones internacionales en la Cuenca del Caribe, San Juan de Puerto Rico, 26 al 28 de enero de 1988, p. 13.

²⁸Ibid.

Bajo la presidencia del liberal Virgilio Barco se ha producido una nueva reorientación de la política exterior, en tanto se han enfatizado los temas económicos por encima de los políticos, preconizados en el marco de la orientación tercermundista del gobierno de Betancur. En este contexto, la importancia de la Cuenca del Caribe ha sido desplazada, de una manera similar al caso mexicano, por la creciente priorización de las relaciones con la Cuenca del Pacífico.²⁹

Venezuela

Para Caracas, históricamente la costa caribeña ha sido una frontera de relevancia. La importancia reside en varias razones. En primer lugar, la distribución geográfica del territorio venezolano hace que una gran parte de su población esté concentrada en los 3.726 km. de costa bañada por el mar Caribe.³⁰ En esta región se ubica también la mayoría de los puertos del país, por donde cruza el grueso de sus comunicaciones con América del Norte y Europa. Por otra parte, más del 80 por ciento de las exportaciones venezolanas -y en especial las vitales ventas petroleras- deben atravesar esta región, donde las Antillas Menores configuran una barrera entre el mar Caribe y el Océano Atlántico, obstáculo reforzado por la ubicación estratégica de las Guyanas en el extremo nor-este de América del Sur.

Asimismo, el Caribe conforma un mercado potencial para numerosos productos venezolanos, en especial los textiles, la industria de procesamiento de alimentos, los productos petroquímicos y la industria ligera, cuya exportación se ha acentuado con el intento de reformulación de una política económica a partir del impacto de la crisis petrolera y de los efectos de la devaluación del Bolívar en febrero de 1983.

En función de estas consideraciones de orden geopolítico y económico, no es casual que Venezuela, con diversos énfasis y matices, haya sido uno de los primeros países latinoamericanos en implementar una política hacia el Caribe no-hispánico.

²⁹*Ibid.*

³⁰Acosta, Elizabeth, "Venezuela limita al Norte con el Mar de las Antillas", en: José Moreno Colmenares (ed.), *op. cit.*, 1988.

Por una parte, la seguridad y la estabilidad de la región se convierten en prioridades de la política exterior venezolana, en tanto puede afectar su situación política interna y sus vínculos con los principales mercados de sus exportaciones petroleras. Asimismo, la posibilidad de desarrollar relaciones y alianzas con los estados del Caribe no-hispánico, pese a las barreras existentes, constituye un mecanismo fundamental para reforzar sus posiciones en los foros internacionales. Por otra parte, los mercados que abren las posibilidades de comercio y de inversión en la región, pese a sus reducidas dimensiones, constituyen un ámbito nada despreciable para la expansión de la economía del país, ya sea en términos de sus tradicionales exportaciones petroleras como, en especial en los últimos años, de la venta al exterior de productos no-tradicionales y de las posibilidades de inversión.

En este contexto, a partir de la década del sesenta, Venezuela ha activado su presencia en la región. Este proceso se inicia particularmente con la presidencia de Rafael Caldera, como parte de una política exterior basada en los principios del pluralismo ideológico y la justicia social internacional y adquiere connotaciones políticas especialmente relevantes durante la presidencia de Carlos Andrés Pérez y Luis Herrera Campins. En ambos casos, los beneficios del "boom" de los precios petroleros de la década del setenta contribuyen al impulso de sus respectivas "políticas caribeñas".

Sin embargo, mientras la política caribeña del presidente Carlos Andrés Pérez se enmarca en un énfasis tercermundista, que subraya la importancia de las relaciones Norte-Sur, el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y la cooperación Sur-Sur, la "política de proyección" del Presidente Herrera adquiere perfiles más definidamente ideológicos en su identificación con los objetivos norteamericanos en Centroamérica y sufre una reorientación sustancial luego de la crisis del Atlántico Sur.³¹

En este proceso, la mayor o menor autonomía de la política exterior venezolana con respecto a los intereses regionales de

³¹Cfr. Mathews, Robert, "Oil on Troubled Waters. Venezuelan Policy in the Caribbean", *NACLA*, 1984, vol. XVIII, No. 4, y Serbin, A., "Exporting Democracy or Securing Political Influence? Venezuelan Policy towards the Caribbean Basin", en: R. Espíndola (ed.), Peace and Democracy in Central America, en prensa, Macmillan, Londres, 1988.

los Estados Unidos se convierte en un rasgo destacado de las variaciones de la "política caribeña" de Venezuela. Junto a este factor fundamental y en relación con él, otro elemento determinante está constituido por la competencia regional con Cuba.

De hecho, la convergencia de los objetivos de la política exterior venezolana con la política regional de Estados Unidos, en concordancia con las coincidencias generales en la alineación como parte del conflicto Este-Oeste, no siempre se ha expresado en una identificación absoluta en tanto Venezuela ha implementado, con un significativo grado de autonomía a partir de la década del setenta, una política caribeña que combina el énfasis en la necesidad de la estabilización democrática de la región con las urgencias del desarrollo socioeconómico. Con frecuencia, sin embargo, es evidente que en este aspecto en particular, la promoción y el apoyo a los procesos democráticos, coincidentes con su propio modelo de estabilidad política, ha entrado en colisión con el modelo político preconizado por la política exterior cubana. No obstante esta situación, las fases de mayor énfasis ideológico tercermundista o latinoamericanista en la política exterior venezolana han dado pie para eventuales convergencias regionales con Cuba, como en la creación del SELA en 1975.

Por otra parte, un factor determinante en la política caribeña de Venezuela ha sido la persistencia de la disputa limítrofe con Guyana y, en menor medida, las delimitaciones marítimas con Trinidad y algunas de las islas del Caribe Oriental.³²

La alineación de los estados de la Caricom con la posición guyanesa y las aspiraciones de liderazgo de Trinidad en el seno de este organismo regional, con frecuencia han contribuido a dificultar el establecimiento de relaciones de cooperación con los estados del Caribe anglófono.

No obstante la incidencia de estos factores, la política caribeña de Venezuela ha seguido un ritmo sistemático de profundización. En este proceso, el Fondo de Inversiones de Venezuela (FIV) jugó un papel protagónico en la década del setenta, orientando el grueso de la asistencia económica a la región, en el marco del programa Promoción al Caribe (PROCA). El FIV administró un fondo especial para el Caribe sobre la

³²Acosta, Elizabeth, *op. cit.*

base de depósitos en los Bancos Centrales de los países beneficiarios para financiar proyectos de desarrollo y programas de cooperación energética, fondos que también pudieron ser utilizados para la compra de bienes venezolanos o para el financiamiento de estudios de pre-inversión.

Por otra parte, en 1975 Venezuela fue uno de los primeros países latinoamericanos en incorporarse como miembro activo al Banco de Desarrollo del Caribe y, desde 1980, ha establecido con México el esquema de ayuda petrolera enmarcado en el Acuerdo de San José. De hecho, es dable señalar que la asistencia venezolana a la región es una de las más altas.³³

Venezuela ha sido particularmente activa en la implementación de acuerdos bilaterales. Al margen de los convenios de pesca establecidos (y recientemente renovados) con Trinidad y Surinam, ha implementado acuerdos vinculados a la explotación de la bauxita con este último país, como también lo ha hecho con Jamaica y, en 1987, con Guyana. Asimismo, ha desarrollado programas de cooperación económica, científica y técnica con Surinam y los estados del Caribe Oriental. A su vez, el sector privado venezolano ha estado activo en la región desde la década del setenta, con la instalación de una empresa papelera en Santa Lucía y la exportación de cemento, materiales de construcción, textiles y abastecimientos petroquímicos. Algunas de estas iniciativas se han canalizado a través del Instituto de Comercio Exterior (ICE) y de la Asociación Venezolana de Exportadores (AVEX), y se han visto reforzadas por el brusco descenso del Bolívar en su paridad con el dólar estadounidense, a partir de la crisis desatada en 1983.³⁴

Durante el período presidencial de Jaime Lusinchi, la política de Venezuela hacia el Caribe ha tenido un carácter más activo y ha adquirido un perfil aún más específico. El nombramiento de un Embajador Especial para Asuntos del Caribe se relaciona

³³Como señala Manigat, "To support pluralistic democracy in the Caribbean, Venezuela has had the oil resources to fund a bold foreign aid program. From 1974 to 1981 Venezuela foreign aid reached a grand total of US\$ 7,500 million, 2.25 per cent of its GNP. For fiscal year 1982-83, Canadian aid to Caribbean Basin countries amounted to US\$ 44 million, whereas US aid (before the CBI) totaled US\$ 321 million versus a Mexican total of US\$ 400 million and, a Venezuelan program of \$ 588 million, the highest of all", en: Manigat, 1988, 61.

³⁴Casanovas, Victoria, "Venezuela hacia el Caribe y la cooperación Sur-Sur", en: Serbin, A. (ed.), *op. cit.*, 1987.

con esta activación, ilustrada cabalmente por las visitas del Presidente Lusinchi a diversos estados del Caribe no-hispánico en los dos últimos años.³⁵

Si bien el énfasis reciente también se ha centrado en los acuerdos de intercambio cultural, promovidos por la creación y renacimiento de los Institutos Venezolanos para la Cultura y la Cooperación en los estados y territorios del Caribe no-hispánico,³⁶ en la asistencia científica y educacional y en la cooperación técnica, también ha habido una acentuada promoción de la actividad económica dirigida hacia el Caribe, principalmente a través del sector privado venezolano, profundizando la línea anteriormente desarrollada. En este sentido, se ha producido una modificación sustancial del patrón tradicional de la asistencia económica en términos de "responsabilidad compartida",³⁷ ilustrada por la participación de Venezuela en la resolución de la crisis de la refinería Shell en Curazao.³⁸

La activación de la política caribeña de Venezuela se ha visto favorecida por la mejora de relaciones con Guyana, al quedar el mecanismo para la reclamación territorial con aquel país en manos del Secretario General de las Naciones Unidas. Este hecho, junto con la política cultural desarrollada en los últimos años y la situación privilegiada de Venezuela como principal interlocutor comercial latinoamericano con el Caribe no-hispánico, ha contribuido a modificar gradualmente las

³⁵Solamente entre julio de 1987 y diciembre de 1987, el Presidente Lusinchi visitó Barbados, Grenada, Santa Lucía, Dominica, Curazao, Aruba, Bonaire y Guyana, según una cronología detallada proporcionada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela. Este programa se continuó desarrollando con la misma intensidad en el año 1988, para culminar con la reciente visita del Presidente, en septiembre de 1988 a St. Vincent.

³⁶En el último período presidencial, ha sido particularmente relevante la reactivación de los programas de intercambio cultural realizados a través de estos Institutos.

³⁷Entrevista con el Embajador Especial para Asuntos del Caribe D. Francois Moanack, marzo de 1987.

³⁸Quiroz de Mommer, Irama, "La política petrolera venezolana frente a la refinería de Curazao", en: A. Serbin (ed.), *op. cit.*, 1987.

percepciones caribeñas frente al papel de Venezuela en la región.³⁹

En este marco general, se ha dado cumplimiento cabal a los objetivos políticos de Venezuela en el Caribe, principalmente orientados a ejercer una influencia estabilizadora en función de sus propios intereses de seguridad.

En este sentido, Venezuela ha participado en la reconstitución del sistema democrático en Grenada luego de la crisis de 1983; ha contribuido al proceso de democratización de Surinam, ejerciendo junto a Brasil una influencia moderada sobre el gobierno militar de Bousterse, y se ha involucrado activamente en el proceso de democratización de Haití. Estos pasos, pese a las coincidencias generales con la política norteamericana en la región, no siempre han implicado convergencias de sus objetivos políticos regionales con Estados Unidos, como lo ilustran las diferencias existentes en los casos de Haití y de Surinam. Por otra parte, la promoción de sistemas democráticos en la región, tema especialmente caro a la diplomacia venezolana desde 1958, se ha producido, con frecuencia, en función del espacio abierto por el retroceso de la influencia cubana, tradicional competidor de Venezuela en el área.

Brasil

Finalmente, como ya indicamos, es necesario considerar a Brasil como un nuevo actor latinoamericano en el Caribe no-hispánico. Este comenzó a desarrollar programas de asistencia técnica y financiera hacia el Caribe desde principios de la década del setenta, al establecerse una comisión mixta con Trinidad en 1971.⁴⁰

Pese a que para la política exterior del Brasil el Caribe reviste una importancia significativamente menor en comparación con regiones como América del Sur o Africa, la progresiva sustitución de una relación especial con Estados Unidos por una

³⁹Cfr. al respecto de las relaciones comerciales entre América Latina y el Caribe, Gill, Henry y Juan de Castro, "Algunos aspectos de las relaciones comerciales entre el Caribe y América Latina", Capítulos del SELA, 1984, No. 7.

⁴⁰Manigat, Mirlande, "Brazil and the Caribbean", en: J. Heine y L. Manigat (eds.), The Caribbean and World Politics. Cross Currents and Cleavages, (Holmes and Meier, New York, 1988), p. 264.

vinculación multilateral con los países industrializados en general, impulsada en la década del setenta, y la experiencia de relación con los estados africanos, abrió las puertas para un involucramiento más activo en el Caribe. En este sentido, Brasil ha intentado desarrollar progresivamente una oferta de exportación de servicios, especialmente a través de programas de cooperación técnica, que han incluido los estados de la Caricom, Cuba y la República Dominicana.⁴¹

Sin embargo, la presencia de Brasil en el Caribe se ha manifestado principalmente a través del desarrollo de acuerdos de cooperación energética y tecnológica con Trinidad, Surinam y Guyana, estados con los cuales se han establecido Comisiones Mixtas. La contribución al Fondo de Desarrollo del Caribe, a través del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), se ha enmarcado en este proceso de gradual incremento de la presencia brasilera en el Caribe, especialmente en estos tres países y con algunas iniciativas privadas en la industria turística del Caribe Oriental. Particularmente significativos han sido, sin embargo, los acuerdos gubernamentales de cooperación científica y técnica con Guyana y Surinam, la asistencia en la ampliación de la estructura vial en el primero de estos países y de las comunicaciones telefónicas en el segundo, a la par de acuerdos entre las compañías petroleras estatales de Brasil y Trinidad. A este cuatro cabe agregar la firma de acuerdos de asistencia militar y la provisión de líneas de créditos con el fin de adquirir armas para Surinam y Guyana, en especial a principios de la década de los ochenta.⁴²

Esta asistencia militar se enmarca en las concepciones geopolíticas tradicionales de las fuerzas armadas brasileras, con su énfasis en las "fronteras vivas" y, en este sentido, fundamenta la dimensión caribeña de la política exterior del Brasil, con frecuencia fuente de preocupación geopolítica para los estados latinoamericanos vecinos.

Por otra parte, con la reinstauración del sistema democrático en Argentina en 1983, este país también ha comenzado a explorar las posibilidades de relaciones comerciales más estre-

⁴¹Hirst, Mónica, "Brasil y el Caribe: Primeros pasos de acercamiento", en: J. Tokatlian y J. Schubert (eds.), *op. cit.*, 1982.

⁴²Ely, Roland, *op. cit.*, y Danss, George, "The Role of the Military in the National Security of Guyana", en: Alma Young and Dion Phillips (eds.), Militarization in the Non-Hispanic Caribbean, (Lynne Rienner Publ., Boulder, 1986).

chas con el Caribe, pese a la ausencia de vínculos geográficos e históricos con la región.⁴³

3. *América Latina y el Caribe no-hispánico en el sistema internacional*

A pesar de las políticas de acercamiento de algunos países latinoamericanos hacia los estados caribeños anglófonos, la brecha existente entre ambos no ha sido saldada. Las convergencias han sido menores que las reiteradas divergencias de intereses y metas a nivel internacional.

La particular situación del Caribe y, en especial, de los estados de la Caricom, con una vinculación y participación diversificada en distintos ámbitos y esquemas internacionales, ha contribuido a la proyección de su presencia en el sistema internacional, pese a las limitaciones demográficas, territoriales y económicas de los pueblos caribeños. De hecho, el Caribe constituye un subsistema regional en el marco hemisférico, claramente diferenciado de América del Norte, América del Sur y Centroamérica pero que, a la vez, es miembro integrante del sistema interamericano a través de la Organización de Estados Americanos (OEA) y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Los países caribeños, por otra parte, junto con el desarrollo de una interpenetración económica y, eventualmente, política con los Estados Unidos, han detentado una relación privilegiada

⁴³Por invitación del gobierno argentino, una misión de representantes del Caribe, incluyendo los estados del Caribe Oriental, visitó el país en 1986 con el propósito de observar operaciones del sector agrícola y agro-industrial. Asimismo, el gobierno argentino ha iniciado un proyecto de cooperación horizontal dirigido principalmente a la cooperación técnica, mientras que el sector privado ha comenzado a analizar las posibilidades ofrecidas por la Iniciativa de la Cuenca del Caribe para iniciar empresas conjuntas en la región, dirigidas a la producción para el mercado norteamericano, mientras ya se han creado algunas inversiones en la construcción de hoteles. Cfr. al respecto Pollner, Marco, "El Caribe Oriental: estrategias de exportación y relaciones con América Latina", Integración Latinoamericana, 1987, año 12, No. 121.

Estas iniciativas no han estado desvinculadas de un interés político orientado a neutralizar eventualmente el apoyo de los estados caribeños anglófonos a la posición británica en torno a las Malvinas.

en el marco de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC), compartida en el hemisferio solamente con los estados centro-americanos.

A la par con este esquema de vinculación Norte-Sur en el marco hemisférico, el Caribe no-hispánico se ha beneficiado de otra dimensión significativa de sus relaciones con los países industrializados, en función de sus vínculos con las antiguas metrópolis coloniales europeas. En este sentido, junto con la inicial participación de los estados anglófonos en el Commonwealth, la especial transición de la Federación de las Antillas Holandesas de su *status* como miembro del Reino de Holanda y la específica situación de los Departements D'Outremer (DOM) franceses, los estados independientes anglófonos y los territorios asociados holandeses y británicos se han beneficiado de los Acuerdos de Lomé entre la Comunidad Económica Europea y los países de Africa, del Caribe y del Pacífico (ACP).

De manera que el Caribe no-hispánico ha disfrutado de la participación en los dos sistemas organizados de relación Norte-Sur a ambos lados del Atlántico.

Esta situación no ha sido óbice para que el Caribe haya asumido asimismo una activa participación en el Movimiento de Países No-Alineados (NOAL) y haya desplegado posiciones definitivamente tercermundistas en los distintos foros internacionales, en especial en relación con temas como la descolonización y el racismo. Al mismo tiempo, los estados caribeños se han identificado manifiestamente con los intereses de los países ACP y han sido promotores de las iniciativas que condujeron a los Acuerdos de Lomé con la Comunidad Económica Europea (CEE), procesos facilitados por los vínculos previamente establecidos en la Commonwealth.

Este cuadro de relaciones con el Norte industrializado y el Sur en vías de desarrollo, no ha tenido un desenvolvimiento similar en la relaciones con América Latina, pese a la pertenencia a la OEA. En general, la dimensión latinoamericana ha sido ignorada o subestimada por el Caribe, tanto en función de las relaciones comerciales,⁴⁴ como de las convergencias políticas. Como señala un analista "el Caribe definitivamente no se

⁴⁴Gill, H. y Juan de Castro, *op. cit.*, 1984.

identifica con América Latina, estando con América Latina, pero no en este continente".⁴⁵

Como contrapartida, a partir de la década del setenta, la Cuenca del Caribe se ha convertido en epicentro de la política internacional de los estados latinoamericanos, tanto en razón de las características predominantes de la política hemisférica de Estados Unidos, como por la emergencia de potencias regionales estrechamente vinculadas a la Cuenca.

Sin embargo, la importancia adquirida por el Caribe para América Latina, en especial a raíz de la crisis centroamericana, no ha dado lugar a iniciativas conjuntas hacia el Caribe no-hispánico, con excepción de las coincidencias entre México y Venezuela.

Al margen de los intereses específicos de Cuba, dictados por su particular alineación en el conflicto Este-Oeste, las restantes potencias regionales latinoamericanas, pese a coincidir en diversos grados en sus intereses geopolíticos y económicos en la región, no han originado una acción concertada hacia el Caribe no-hispánico, con excepción de las iniciativas desarrolladas en el seno del SELA. De hecho, en la mayoría de los casos, sus políticas caribeñas han estado signadas por sus intereses y por objetivos específicos y por el particular desarrollo de sus relaciones con los Estados Unidos.

Las coincidencias de México y Venezuela han sido la excepción a la regla, marcadas por un especial interés por Centroamérica que, asimismo, se ha expresado en iniciativas como las de Contadora y el Grupo de los Ocho. En este sentido, las coincidencias tercermundistas que han establecido puentes con el Caribe no-hispánico se han beneficiado básicamente de las coyunturas en que los Estados Unidos han estado menos activos en la región y de los márgenes de autonomía que hayan podido adquirir los estados caribeños.⁴⁶

Consecuentemente, el Caribe no-hispánico y América Latina han ampliado y desarrollado sus vínculos en el marco de las convergencias invocadas por la cooperación Sur-Sur y el énfasis en posiciones tercermundistas. No obstante, pese a la tradicional posición de México, Venezuela y Colombia, la promoción de la ayuda multilateral y de apoyo a la integración caribeña, en

⁴⁵Manigat, Leslie, "Epilogue. The Caribbean Between Global Horizons and Latin American Perspectives", en: J. Heine y L. Manigat (eds.), *op. cit.*, 1988.

⁴⁶Maira, Luis, *op. cit.*, 1983, p. 184.

lo que han coincidido con Cuba, la brecha existente con el Caribe no-hispánico no ha sido superada y los históricos estereotipos negativos que han caracterizado sus relaciones sólo han sido modificados en una forma limitada.

Si bien un factor significativo de la consolidación de barreras entre ambos grupos de naciones han sido las posiciones divergentes asumidas en diversas coyunturas vis a vis las relaciones establecidas con Estados Unidos, como lo ilustran las crisis del Atlántico Sur y de Grenada,⁴⁷ una dimensión relevante de este distanciamiento ha estado configurada por las particulares relaciones persistentes entre el Caribe no-hispánico y Europa.

4. *La "Conexión Europea" del caribe en la perspectiva latinoamericana.*

Si bien el Caribe no-hispánico como América Latina comparten su identificación con el mundo occidental, ésta lleva rasgos diferenciales.

Mientras ambos grupos de naciones pueden reclamar una común tradición cultural con Europa, como legado similar en términos de sus culturas políticas y de sus identificaciones político-ideológicas, es evidente que las distancian la diferente composición racial de sus élites políticas y el proceso distintivo de conformación de identidades nacionales y regionales de base étnica.

Al respecto, no es casual el énfasis puesto por el Caribe no-hispánico en el eventual "racismo" de los latinoamericanos, en el contexto de la evolución de una identidad "afro-caribeña" que los vincula más con Africa que con el Nuevo Mundo, vis a

⁴⁷Durante la crisis del Atlántico Sur, mientras que la mayoría de los países latinoamericanos se alineó con la posición argentina, los estados del Caribe anglófono, con excepción de Grenada, respaldaron en los organismos internacionales, la política de Gran Bretaña.

Por otra parte, mientras que la intervención militar en Grenada provocó en general tibias críticas de los estados latinoamericanos en función del principio de no-intervención esgrimido como un elemento fundamental del sistema hemisférico, los estados caribeños anglófonos, con excepción de Guyana, Trinidad, Belice y las Bahamas, respaldaron la intervención norteamericana. Significativamente, en este caso, fue excluida la participación de la OEA y del TIAR.

vis el reclamo recíproco de los Latinoamericanos en relación a un "racismo negro" asociado con una pretendida superioridad heredada de las tradiciones anglosajonas de los caribeños frente a la identificación "mestiza" de América Latina.⁴⁸

De manera que la fuerte "occidentalización" del Caribe⁴⁹ no es paragonable a la vocación occidental y a la eventual "nordomanía"⁵⁰ de los latinoamericanos, fuera de las evidentes identificaciones político-ideológicas con el bloque occidental en el conflicto global.

Paradójicamente, los vínculos establecidos por los estados latinoamericanos en Europa Occidental luego de su independencia con España, reforzados en el plano político-ideológico por la acción de la Internacional Socialista y de la Democracia Cristiana, especialmente a partir de la década del setenta, han chocado con las dificultades por las que atraviesan las relaciones económicas con la CEE y sus estados miembros, y con la crisis política desencadenada con la confrontación del Atlántico Sur.

Al margen de que América Latina no se ha beneficiado con ninguno de los esquemas preferenciales de comercio y cooperación establecidos por la CEE, como los existentes con los países ACP o la Cuenca del Mediterráneo, con excepción de los limitados alcances del Sistema Generalizado de Preferencias, de hecho algunas de las medidas proteccionistas impuestas por la Comunidad Europea y, en especial, la Política Agrícola Común (PAC) ha afectado negativamente las posibilidades comerciales de América Latina. Asimismo, el ingreso de España y Portugal en la CEE también se ha convertido, por lo menos a corto plazo, en un factor que afecta negativamente los intereses latinoamericanos.⁵¹

⁴⁸Hemos tratado más extensamente este punto en Serbin, A., "Procesos etnoculturales y percepciones mutuas en el desarrollo de las relaciones entre el Caribe de habla inglesa y América Latina", Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, 1985, No. 38, y en Serbin, A., op. cit., en prensa 1989.

⁴⁹Mintz, Sidney, "The Caribbean as a Socio-Cultural Area", en: M. Horowitz (ed.), Peoples and Cultures of the Caribbean, (The Natural History Press, New York, 1971).

⁵⁰Calificativo de filósofo mexicano Leopoldo Zea.

⁵¹Un informe del SELA señala: "Como resultado del ingreso de España y Portugal a la CEE, es previsible anticipar que América Latina y el Caribe enfrentarán problemas (...) En razón de los compromisos asumidos por España y Por-

En el plano estratégico, el respaldo de la CEE a la posición de Gran Bretaña durante la crisis de las Malvinas, y la imposición de medidas económicas contra Argentina, afectó negativamente las relaciones con América Latina. De hecho, coyunturalmente, el desarrollo de una posición económica y política "europea" de los estados latinoamericanos a sus relaciones con Estados Unidos, atisbada en los años posteriores, se desvaneció momentáneamente, mientras que la presencia estratégica europea en el Atlántico, a través de su inserción en el Caribe, realimentó viejas ansiedades y temores de América Latina y diluyó el mito de la ausencia de intereses estratégicos europeos en el hemisferio.⁵²

Desde el punto de vista económico y estratégico, la situación marginal de América Latina en las prioridades de Europa contrasta, a los ojos latinoamericanos, con la situación privilegiada del Caribe no-hispánico.

En este sentido, los acuerdos de Lomé con los países ACP, de los cuales se benefician los estados y territorios del Caribe

tugal al ingresar a la CEE, la Secretaría Permanente del SELA considera que los temas críticos que deberán afrontar la región son los siguientes:

- a) Una mayor pérdida de competitividad de algunos productos industriales latinoamericanos de exportación como, por ejemplo, los siderúrgicos, textiles, industria naval y maquinaria pesada.
- b) Serias limitaciones en las condiciones de acceso a los productos de la región al mercado de España y Portugal, como resultado de los incrementos de derechos aduaneros y la ampliación del uso de medidas no arancelarias utilizadas actualmente por la Comunidad.
- c) Extensión de los aspectos negativos de la política agrícola común a aquellos productos latinoamericanos que actualmente se colocan en los mercados de España y Portugal.
- d) Deterioro más pronunciado frente a las exportaciones de los países ACP y de aquellos con los cuales actualmente la CEE tiene acuerdos y asociaciones. Tales países beneficiados con el incremento de las preferencias comerciales que otorgarían España y Portugal, en: SELA, La comunidad de los Doce: Situación de América Latina ante el ingreso de España y Portugal, XII Reunión Ordinaria del Consejo Latinoamericano, SP/CL/XII. O/DT No. 3, 7 de agosto de 1986. Cfr. también SELA, "Relaciones económicas América Latina-Comunidad Económica Europea", Papeles del SELA No. 3, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1987, especialmente pp. 98-99.

⁵² Insulza, José Miguel; ¿Qué espera América Latina de Europa Occidental?, Nueva Sociedad, (1986), No. 85, p.122.

no-hispánico, son vistos por América Latina como muestras patentes del trato discriminatorio en contra de sus exportaciones por la CEE, en tanto éstas compiten, en particular en los países ibéricos, con las exportaciones del Grupo ACP.⁵³

De hecho, para América Latina los acuerdos de Lomé son considerados como acuerdos preferenciales, no equiparables a los establecidos en términos comerciales con los estados latinoamericanos.⁵⁴ Esta misma situación de postergación ha sido resentida en función de la ayuda para el desarrollo proporcionada al Caribe, tanto a través de Lomé como de otros mecanismos dirigidos a los estados de la Caricom, las Antillas Holandesas y los dominios en el Caribe.⁵⁵

Pese a que en este cuadro general es preciso diferenciar las posiciones de la CEE con respecto a la de sus miembros individuales, en líneas generales el resentimiento latinoamericano abarca al conjunto de Europa Occidental, independientemente de los nexos políticos establecidos especialmente en el campo gubernamental.⁵⁶

En el plano estratégico, la presencia militar de Gran Bretaña y de Francia en el Caribe y sus vínculos con la Caricom y los dominios franceses, son asimismo una fuente de preocupación en torno al tema de la seguridad continental. De hecho, ante la eventualidad de algún conflicto en la región caribeña que afecte

⁵³Durán, Esperanza, "CEE-América Latina: las dificultades de una relación comercial", Integración Latinoamericana, 1988, año 13, No. 131, p. 44, y Camacho, Pedro, "La Comunidad Económica Europea: Expectativas Latinoamericanas", Política Internacional, 1986, No. 3, p. 33.

⁵⁴SELA, Evaluación de la Tercera Convención de Lomé, XII Reunión Ordinaria del Consejo Latinoamericano, SP/CL/XII, O/Dc. No. 4, agosto 1986, p. 43.

⁵⁵Además de las provisiones del Acuerdo de Lomé que proporciona ayuda a los estados ACP a través del European Development Fund, este ha beneficiado asimismo a las Antillas Neerlandesas, a los territorios asociados británicos en el Caribe y a los DOM franceses. Estos últimos, por su parte, tienen acceso al European Regional Development Fund (ERDF), al European Agricultural Guidance and Guarantee Fund (ESF). En: Commission of the European Communities Directorate-General Information, Communication, Culture: The EEC and the Caribbean, DE54, X/190/1986.

⁵⁶Respecto al papel de las internacionales partidistas y de las ONG, cfr. Grabendorff, Wolf, "América Latina y Europa. Esperanzas y desafíos" y van Klaveren, Alberto, "Europa y la democratización de América Latina", ambos publicados en Nueva Sociedad, 1986, No. 85.

territorios británicos o franceses, el grueso de la CEE se vería involucrado, inclusive más allá de las medidas económicas asumidas en la ocasión de la crisis de las Malvinas.

En este marco, la presencia militar británica en Belice, junto con el incremento de su presencia naval en el Caribe en general, aprovechando las facilidades portuarias ofrecidas por los estados de la Caricom y los territorios independientes, y en particular acrecentados luego de la crisis de Grenada y de la guerra de las Malvinas, son un factor de preocupación.⁵⁷

También hay que mencionar los crecientes intereses estratégicos de Francia en la región, en relación con la base aeroespacial Kouroum en Guyana Francesa,⁵⁸ y de sus vías de comunicación con el Pacífico. Estos elementos se encuentran asociados con su creciente proyección naval a nivel global y el desarrollo de su arsenal estratégico, constituyendo evidentes motivos de preocupación para América Latina.⁵⁹

Los intereses estratégicos de Europa en el Caribe están vinculados con su defensa en el marco de la Alianza Atlántica y, en este sentido, coinciden con los intereses norteamericanos, en especial con la ubicación geoestratégica de la región en la eventualidad de un conflicto global. De allí la preocupación común entre Europa y Estados Unidos por la estabilidad de la región y el control de todo foco conflictivo que redunde en un desbalance en la confrontación Este-Oeste.

Sin embargo, los estados europeos que mantienen una presencia en la región detentan asimismo manifiestos intereses políticos a nivel internacional, en cuyo marco el respaldo de los

⁵⁷Como señala Anthony Payne: "In fact, with the sole exception of the US military presence in Honduras, (the British military presence) constitutes the most substantial foreign military base in Central America. By 1987, the total network comprised 1.800 troops, four Harrier jets, Puma and Gazelle helicopters, tanks and armoured personnel carriers, an air defence system based on Rapier missiles, and a Royal Navy frigate regularly patrolling the coast", en: "The Belize Triangle: Relations with Britain, Guatemala and the United States", paper delivered to the 46th international Congress of Americanists, Amsterdam, 4-8 July 1988.

⁵⁸De vital interés, por otra parte, para el programa de telecomunicaciones europeo, pero asimismo para su uso militar, en tanto para 1991 se prevee el lanzamiento del módulo de transmisiones militares Syracuse 2 y en 1993, del satélite de observación militar Helios. En Moutoussamy, Ernest, Les DOM-TOM. Ejeu geopolitique, economique y strategique, (L'Harmattan, París, 1988), p. 112.

⁵⁹Ibid.

estados independientes del Caribe en los foros internacionales, con su poder de votación, se vuelve relevante. Hay que mencionar, al margen de las culpas coloniales históricas, el volumen de asistencia europea al desarrollo⁶⁰ en la región y el énfasis en los problemas de desarrollo económico que diferencia a los estados europeos de la política de Estados Unidos hacia el Caribe. Esta relación está asociada tanto con la intención de preservar su alineación en el campo occidental como de mantener una influencia política significativa. No es casual el desarrollo de modalidades de colaboración militar y de inteligencia en la región, no sólo con los Estados Unidos, en el contexto de los diferentes ejercicios de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), sino también entre los estados europeos y con los gobiernos de los estados caribeños.⁶¹

La combinación de todos estos factores en la persistencia de la presencia de los poderes europeos en el Caribe y la justificación de los temores latinoamericanos quedan ilustrados en dos situaciones recientes.

Primero, el respaldo de los estados de la Caricom a la aspiración de República Dominicana, reducida durante años a una situación de observador en este organismo regional, de obtener un trato preferencial de la CEE similar o en el marco del acuerdo de Lomé. Este *status* ha estado condicionado abiertamente a su alineación con los estados caribeños en los organismos internacionales, en especial, en la OEA y en la ONU.⁶² En este último caso, los estados caribeños anglófonos han exigido el respaldo dominicano de la candidatura de la barbadiense Nita Barrow a la presidencia de la Asamblea General del Organismo, en competencia con el Canciller argentino Dante Caputo.⁶³

En segundo lugar, en esta competencia Gran Bretaña ha desarrollado un amplio trabajo de *lobbying* entre los estados

⁶⁰Al respecto, ver volumen de la asistencia europea al Caribe, cfr. Commission of the European Communities, *op. cit.*, especialmente cuadros pp. 32-35.

⁶¹Cfr. Serbin, A., El Caribe como zona de paz, Militarización y seguridad en el Caribe no-hispánico, (Nueva Sociedad/Comisión Sudamericana de Paz, Caracas, 1988).

⁶²Listin Diario, Santo Domingo, 14 de mayo de 1988, p. 19, y Longo, Miguel, "Dominican Republic May Enter Lomé", Caribbean Contact, september 1988, p. 2.

⁶³Ibid.

miembros para apoyar la candidatura del bloque caribeño y evitar la presidencia argentina a la Asamblea.⁶⁴ Pese a las funciones predominantemente simbólicas de este cargo, la preocupación británica se ha focalizado en torno a que uno de los temas de la agenda de la Asamblea es precisamente el de las Malvinas.

Independientemente del amplio apoyo logrado por el Canciller argentino Dante Caputo y de su elección en la Asamblea, ambas situaciones evidencian una vez más el abismo abierto entre los estados caribeños no-hispánicos y los estados latinoamericanos y la incidencia que, hasta el día de hoy, mantiene la "conexión europea" sobre esta división.

En este sentido las percepciones latinoamericanas acerca de la "mentalidad de ghetto" de algunos integrantes de la comunidad del Caribe no-hispánico y su hostilidad hacia América Latina, es asociada a la persistencia, hasta la actualidad, de vínculos económicos, políticos y militares con Europa Occidental.⁶⁵

Pese a los intereses latinoamericanos de preservar la estabilidad y la seguridad regional del Caribe y de incrementar los vínculos económicos y políticos con esta región; pese a las iniciativas del SELA y de los eventuales esfuerzos de concertación política con el Caribe no-hispánico; pese a la disposición latinoamericana de apoyar la creación de una zona de paz en la región y de contribuir a la integración caribeña como un paso a una más fluida relación intrarregional; pese a las eventuales coincidencias tercermundistas en la búsqueda de estructurar un Nuevo Orden Económico Internacional y al impacto común de la deuda externa, la "conexión europea", como también las diferentes modalidades y coyunturas que marcan la "conexión americana", constituyen, a los ojos latinoamericanos, un factor de divergencia entre América Latina y el Caribe no-hispánico que la historia reciente de la región no termina de desvanecer.

⁶⁴Windhausen, Rodolfo, "Argentina y Barbados buscan la presidencia de la Asamblea General", cable de AP, El Nacional, Caracas, 15 de septiembre de 1988, y Orbita BIP, Caracas, abril 1988, p. 15.

⁶⁵Cfr. Rodríguez Iturbe, José, El Caribe. Elementos para una reflexión política a fines de los 80, (Ediciones Centauro, Caracas, 1987), especialmente

